

aceptable esta nueva forma, y ofreció en cambio garantir de nuevo por un decreto del sultan los derechos de los griegos. Como de aquí la Rusia no podía deducir ningun derecho al protectorado que buscaba, rompió Menchikoff definitivamente el 21 de mayo las negociaciones y salió de Constantinopla con toda la embajada. Despues el canciller ruso, en una carta que dirigió al ministro turco en 31 de mayo, renovó la exigencia de su gobierno, amenazando en caso contrario con la entrada de tropas rusas en los Principados danubianos para tomar garantías materiales; mas esta amenaza tampoco produjo efecto.

La actitud que las dos potencias occidentales habian tomado durante estas negociaciones, las obligaba á proteger á la Turquía contra las consecuencias de la ruptura. Así lo reconocieron, y sin la esperanza de llegar á un arreglo pacífico empezaron por enviar sus escuadras desde Malta y Salamina á la bahía de Bésika, á la entrada de los Dardanelos, donde, en efecto, dieron fondo el 25 de junio. Les estaba prohibido por el tratado de 1841 el paso de los estrechos en tiempo de paz; pero de hecho existia ya el estado de guerra, por haber dado orden el czar al príncipe Miguel Gorchakoff de pasar el 22 de julio el Pruth con 80,000 hombres, si bien negando toda significacion belicosa á esta medida, que dijo no tenia mas objeto que tener una garantía á favor de sus exigencias. Las potencias occidentales admitieron esta explicacion é indujeron al gobierno turco á detener todavía su declaracion de guerra. Sobre todo, Napoleon se esforzó en salvar la posibilidad de conservar la paz. El baron de Bourqueney, su embajador en Viena, propuso en 10 de junio una inteligencia entre las grandes potencias y en seguida recomendó con gran actividad una proposicion de arreglo, que fué admitida por los demás gobiernos y segun la cual el gobierno turco aceptaria las condiciones rusas por medio de una nota como lo habia pedido Menchikoff, y la Rusia, por su parte, haria una declaracion escrita que desvaneciera toda interpretacion peligrosa para la soberanía del sultan. Se discutió mucho la redaccion de esta nota turca, siendo por fin admitida una el 31 de julio, que segun creía el gobierno austriaco seria aceptada en San Petersburgo. Para hacer posible esto se habia admitido una ambigüedad en la redaccion, segun la cual debia prometer el sultan permanecer fiel á las disposiciones de los pactos anteriores de paz relativos á la proteccion del culto cristiano, lo que dejaba á los gobiernos turco y ruso en libertad de interpretar la proteccion ya á cargo del czar, ya á cargo del sultan; y si las dos partes se contentasen con esto por de pronto, quedaba á la Rusia siempre el recurso de volver á cada instante á poner sobre el tapete la misma cuestion. Los ministros turcos, sin embargo, conociendo demasiado bien su situacion ventajosa en aquel momento, no se empeñaron en obtener una decision radical en aquellos momentos, porque sabian que Inglaterra y Francia tenian que apoyarles, en lo cual les confirmó sir Stratford Canning, si bien tenia que recomendarles oficialmente la aceptacion de la «nota de Viena,» como solia llamarse el proyecto del 31 de julio. En su consecuencia, pidieron que se dijese en la nota precisamente que la proteccion correspondia al sultan, y además expusieron algunas otras objeciones. Esto bastó á la Rusia para retirar su adhesion; y para mayor claridad, el canciller ruso, en 7 de setiembre, interpretó los términos de la nota justamente en el sentido contrario á la Turquía, que pareció inaceptable á las otras grandes potencias. De esta suerte la tentativa de arreglo sirvió solo para hacer mas visible el contraste.

Ofendido Napoleon de este resultado, manifestó que era preciso prestar eficaz auxilio á la Turquía y ofreció como medio mas pronto y eficaz la entrada de las escuadras en los

Dardanelos. No deseaban los ministros turcos otra cosa, y el gran visir aprobó esta medida exponiendo á Lacourt el peligro que amenazaría á los cristianos de la capital al declararse la guerra si no se tuviese sujeto el fanatismo musulman, que se iba ya manifestando en diferentes demostraciones de los softas, por la presencia de buques de guerra cristianos de potencias amigas. Napoleon se declaró conforme é insistió en Lóndres en que se prescindiese del tratado de 1841, tanto mas cuanto que la presencia del ejército ruso en la Moldavia establecia ya de hecho el estado de guerra. El gobierno inglés cedió, y en 23 de setiembre las dos escuadras recibieron orden de pasar á Constantinopla.

No obstante, Napoleon no estaba decidido todavía por la guerra y se inclinaba á aprobar un arreglo convenido entre los soberanos de Austria, Prusia y Rusia, cuando este último visitó al primero á fines de setiembre en los simulacros de Olmutz y cuando algunos dias despues el czar recibió la visita del emperador de Austria y del rey de Prusia en Varsovia. Segun este arreglo las grandes potencias recomendarían otra vez en Constantinopla la aceptacion de la nota de Viena, á pesar de las objeciones turcas, y declararían á la Turquía que la Rusia no sacaria de la nota ninguna deduccion en perjuicio de la soberanía del sultan. Este proyecto no fué aceptado por el gabinete inglés, y lord Landsdowne, que pasó á Paris con mision especial, consiguió que Napoleon lo rechazara tambien al fin. Al mismo tiempo rechazó tambien el emperador francés una tentativa tímida del czar para apartarle de Inglaterra; el czar Nicolás, ya que nada podia esperar del gobierno inglés, á pesar de las ventajas con que le habia brindado, trató á la sazón de hacer concesiones á Napoleon para eliminarle del número de sus adversarios. Las indicaciones que con este objeto hizo al embajador francés en San Petersburgo, marqués de Castelbajac, y las que hizo al encargado de negocios francés en Stuttgart el príncipe Gorchakoff, representante ruso en aquella capital, fueron recibidas con tanta frialdad que se hizo imposible toda negociacion sobre este punto. Por otra parte, Napoleon creía aquel momento muy favorable para poner sobre el tapete su proyecto favorito, que en adelante volvió á presentarse á cada giro crítico de la política, de conseguir la reunion de un congreso europeo en el cual se hiciera la revision de los tratados de 1815; pero el gobierno ruso no accedió á semejante plan, recomendado al embajador ruso Kisseleff por el general Goyon, á quien Napoleon habia enviado para asistir á los simulacros de Olmutz. El emperador de Rusia queria todo menos un congreso europeo, porque su propósito era reducir todo lo posible la intervencion de Europa en la cuestion ruso-turca, cosa imposible ya despues de los últimos sucesos; pero haciendo imposible el congreso, obligó al emperador de Francia á limitar sus deseos á una conferencia permanente de las potencias neutrales.

Entretanto la Turquía habia declarado la guerra á la Rusia. Un gran consejo de Estado, reunido el 26 de setiembre, decidió por 160 votos contra 3, dar un plazo de catorce dias á la Rusia para evacuar los Principados danubianos, y habiendo pasado este plazo, Omer-bajá atravesó en 28 de octubre el Danubio cerca de Widdin. El 4 de noviembre tuvo efecto el primer encuentro en Oltenitza, cerca del Danubio y del Argis, en el cual los rusos atacaron y fueron derrotados con la pérdida de mil hombres. Al mismo tiempo los turcos pasaron la frontera rusa en Asia, sorprendieron el fuerte de San Nicolás y bloquearon á Ajalzik.

Napoleon aprovechó esta nueva situacion para suscitar de nuevo la cuestion de la conferencia permanente, tan deseada por él, y que debia componerse de los embajadores que se hallasen en Viena y del ministro de Negocios extranjeros

de Austria. Despues de largos debates, esta conferencia terminó en 5 de diciembre con una acta en la cual se declaraba que el equilibrio europeo exigia la integridad del imperio turco dentro de las fronteras de entonces, y se excitaba al gobierno turco á restablecer la paz y á manifestar sus con-

diciones. La declaracion á favor de la integridad del territorio turco era en verdad muy importante; pero los esfuerzos en favor de la paz eran tardíos, porque el 30 de noviembre el almirante ruso Nakhimoff habia atacado á una escuadra turca, mandada por Osman-bajá y anclada en la rada de Si-



Omer-bajá

nopo, destruyendo once buques de los doce de que se componia, con lo cual recibió la armada turca un golpe mortal. Francia é Inglaterra sufrieron tambien un desaire á consecuencia de este descalabro, porque contando con que la presencia de sus escuadras en Constantinopla bastaria para evitar cualquier ataque marítimo de los rusos, no habian enviado sus buques al mar Negro. La opinion pública en Inglaterra se conmovió tanto, que lord Aberdeen se vió obligado á decidirse á dar un paso mas enérgico, so pena de tener que retirarse del gobierno, y tambien Napoleon juzgó necesaria una manifestacion amenazadora, pidiendo que se hiciese entrar las escuadras aliadas en el mar Negro y que

se intimase al mismo tiempo á la Rusia que las grandes potencias no permitirían la repetición de un ataque como el de Sinope. Lord Aberdeen se declaró conforme con este paso, pero no Palmerston, el cual pidió que se notificara al gobierno ruso que mientras no evacuara los Principados danubianos, no se permitiría á sus buques de guerra salir de los puertos del mar Negro. Aberdeen no quiso adelantarse tanto, porque temia que con esto se pusiera en peligro la union tan difícilmente obtenida de las cuatro grandes potencias; pero cuando Palmerston presentó su dimision el 15 de diciembre pretextando motivos de política interior, y cuando Napoleon al dia siguiente hizo al gobierno inglés una

proposición análoga á la del ministro dimisionario, se conformó Aberdeen; Palmerston volvió á entrar en el ministerio; el 3 de enero de 1854 entró la escuadra aliada en el mar Negro y los dos gobiernos occidentales declararon por sus enviados en San Petersburgo y en Sebastopol que no permitirían la salida de los buques rusos de los puertos de aquel mar.

En Londres y en París se entendía que con este paso quedaba declarada la guerra; pero en 29 de enero de 1854 envió Napoleón todavía una carta autógrafa al czar (probablemente para realzar á la vista de los franceses sus intenciones pacíficas), proponiendo al soberano de Rusia la evacuación de los Principados, en cambio de la cual las escuadras de Francia é Inglaterra evacuarían á su vez el mar Negro. En la misma carta hacía un largo resumen de los sucesos ocurridos hasta entonces, notando especialmente la actitud pacífica de Francia y de Inglaterra hasta el suceso de Sinope. Como no habían desembarcado tropas suyas en territorio turco, no estaban comprometidas sus banderas en las luchas terrestres, pero por mar la situación era muy diferente. Había á la entrada del Bósforo 3.000 bocas de fuego, que anunciaban claramente á los turcos que las dos primeras potencias marítimas no permitirían que se atacara á la Turquía por mar. Por este motivo, decía en su carta, el suceso de Sinope fué para nosotros un ultraje inesperado, importando muy poco que los turcos tuviesen ó no la intención de pasar material de guerra al territorio ruso, pues el hecho es que buques rusos han atacado á buques turcos fondeados tranquilamente en aguas turcas y los han destruido, no obstante la seguridad dada por la Rusia de no querer hacer guerra ofensiva y á pesar de la proximidad de nuestras escuadras. Esto ha sido un golpe, infligido no ya á nuestra política sino á nuestro honor militar. A pesar de esto, decía el emperador de Francia que no quería renunciar á la esperanza de una solución pacífica y recomendaba al czar negociaciones directas con el sultan, cuyo resultado debía ser ratificado después por las potencias que habían firmado el acta de Viena. En caso de negarse el czar á esta invitación, la Francia y la Inglaterra se verían obligadas á confiar á la suerte de las armas lo que todavía podía dejarse á la decisión de la sabiduría y de la justicia.

El czar rechazó estas proposiciones con altanería en su contestación, diciendo que sin la ingerencia de Inglaterra y Francia se habría zanjado ya la contienda entre la Rusia y la Turquía, y que por lo demás la flota francesa se había presentado en las aguas de Salamina antes de pasar los rusos el Pruth, lo cual había sido un verdadero ultraje para la Rusia, y de este ultraje había sido consecuencia forzosa el suceso de Sinope, atendida la posición respectiva de Turquía y Rusia. Si no bastaba al emperador de Francia el papel de espectador y aun de mediador, y si su intención era hacerse aliado armado de los enemigos de Rusia, habría sido más leal y digno decirlo francamente y declarar la guerra. «Dejo á V. M., — decía la carta al final, — que considere si me es lícito en la alternativa en que se me ha puesto examinar siquiera un momento la proposición de negociar con la Puerta y admitir un convenio que tenga que someterse á la conferencia de las cuatro potencias. ¿Admitiría V. M. semejante situación si se hallara en mi lugar? ¿Le permitiría esto su sentimiento nacional? Yo contesto francamente: no. Permítame, pues, que yo piense como V. M. Cualquiera cosa que decida V. M. no se me verá retroceder ante ninguna amenaza. Confío en Dios y en mi derecho, y la Rusia se mostrará, yo lo garantizo, lo mismo en 1854 que en 1812.»

Con esa contestación se enviaron órdenes á los embajadores rusos en París y Londres para que pidieran sus pasa-

portes, como lo hicieron en 4 de febrero; pero el embajador inglés Hamilton Seymour y el general Castelbajac, embajador de Francia en San Petersburgo, solo partieron de la capital de Rusia el 21 de febrero. Ninguna importancia tuvieron las tentativas que hizo todavía la conferencia de Viena para encontrar nuevo motivo de continuar las negociaciones; porque en el fondo había concluido su misión, pues la posición de las cuatro grandes potencias respecto de Rusia había cambiado notablemente para cada una de estas potencias. El Austria procuró no perder el contacto con Francia é Inglaterra y llevar en sus esfuerzos á remolque á la Prusia, lo cual consiguió durante algún tiempo. Después, cuando el emperador Nicolás trató á fines de enero de inducir á estas dos potencias por medio de su embajador en Berlín, el conde Buddberg, y su embajador extraordinario en Viena el conde Orloff, á adoptar una neutralidad armada contraria á la Francia y la Inglaterra, se opusieron la Prusia y el Austria; pero esta inteligencia no duró mucho, porque al emperador Francisco José dieron tanto en qué pensar esta misión del embajador ruso y su respuesta negativa cuando se le propuso que prometiera la integridad del imperio turco, que juzgó prudente concentrar un cuerpo de observación en la Transilvania. Con esto se separó de la corte de Prusia, y esta divergencia se hizo más manifiesta cuando Francia é Inglaterra enviaron un *ultimatum* á San Petersburgo pidiendo la evacuación de los Principados danubianos y dando para ella un plazo hasta el 30 de abril, cuyo *ultimatum* fué apoyado por el Austria vigorosamente y por la Prusia en términos muy flojos. Pocos días después el partido ruso en Berlín consiguió un gran triunfo, pues el rey rechazó la proposición hecha por el Austria el 1.º de marzo, de que las cuatro potencias garantizaran en un convenio la integridad de la Turquía y la igualdad de derecho de todas las religiones. Además escribió el rey á su hermano, el príncipe heredero, que le aconsejaba no se dejase aislar, que seguir la corriente era bueno para principados microscópicos, como Buckeburg y Liechtenstein, pero que dirigir una intimación públicamente á la Rusia y no dirigirla al mismo tiempo á Francia é Inglaterra, sería un ultraje al cual él en el lugar de Nicolás contestaría á cañonazos. Sin arrojarse en los brazos de Rusia, pensaba mucho menos en aliarse con Francia é Inglaterra, y habiendo contestado al czar relativamente á las proposiciones de Buddberg que su neutralidad no sería indecisa ni vacilante sino soberana, una alianza con las potencias marítimas contra la Rusia le parecería una verdadera infamia.

La aversión del rey de Prusia á la unión con Inglaterra y Francia tenía por principal motivo sus temores ante la política revolucionaria, que atribuyó con razón á Napoleón y á Palmerston. Al emperador de Francia le lisonjaba la esperanza de conseguir con la guerra de que se trataba una gran modificación del mapa de Europa, y mucho después confesó él mismo que éste había sido su verdadero objeto y que los resultados de la guerra de Crimea habían destruido sus esperanzas. Había hecho elaborar por su periodista confidente, Granier de Cassagnac, una memoria en la cual había expuesto sus proyectos, cuya memoria corrigió él mismo con el título de: *La revisión del mapa de Europa*, y la había mandado imprimir; pero los ministros espantados consiguieron que no fuese publicada, lo que no impidió que algún ejemplar llegase á tener publicidad. Además divulgó el emperador en otras ocasiones sus proyectos, si no todos, á lo menos gran parte de ellos, siendo la idea principal rechazar á la Rusia hacia el Este, quitándole no solamente los territorios que lindan con el mar Negro, sino también la Polonia y la Finlandia. Luis Napoleón destinaba este último país á la

Suecia; con la Polonia quería indemnizar á príncipes alemanes, probablemente en primer término al rey de Sajonia, y al Austria adjudicaba la Besarabia, el Quersoneso y hasta la Crimea, debiendo renunciar en cambio á la Lombardia, que debía recibir el Piamonte. Por de pronto nada decía la memoria de que la Francia pretendiera la orilla izquierda del Rhin, la Saboya y Niza, á pesar de ser éste para el emperador el objeto principal. Para la realización de estos proyectos contaba Napoleón seguramente con la cooperación de Inglaterra; y en efecto, Palmerston había hecho ya en noviembre de 1853 proposiciones en este sentido, que el príncipe Alberto calificó de necedades de un cerebro demente. Probablemente se creyó vencer la repugnancia del Austria ya con el miedo de un movimiento revolucionario en Hungría, Eslavonia é Italia, ya con la extensión de las indemnizaciones, á las cuales se añadirían los Principados danubianos; y en Prusia se contaba con el apoyo de los hombres de Estado de tendencia nacional, como Bunsen, Pourtales y Usedom, que veían en la situación política europea una ocasión favorable para volver á emprender los proyectos fracasados de unión. El rey mismo había aprobado que Pourtales sondeara la situación en Londres para ver si había allí disposición á dejar á la Prusia, en cambio de su auxilio, las manos libres en Alemania para pretender el mando supremo de la fuerza armada en caso de guerra y formar un poder central más robusto, compuesto de un consejo federal y de una representación de los parlamentos ó dietas de los diferentes países. Por supuesto que la Prusia no pensaba ni remotamente en ceder á la Francia ningún territorio alemán; al contrario, exigió precisamente la garantía de Inglaterra en favor de la integridad de Alemania. Aunque lord Aberdeen estaba dispuesto á entrar en estos proyectos, era indispensable que se ampliasen para conceder ventajas también á Austria y á la Francia. En este sentido lord Clarendon procuró influir en el ánimo de Bunsen, y consiguió algún éxito; pero cuando el embajador prusiano informó á principios de marzo á su soberano de cuanto se trataba, Federico Guillermo se horrorizó tanto que Bunsen no tuvo más remedio que dimitir. Fué destituido también el ministro de la Guerra Bonin, cuya exoneración fué pedida directamente por el gobierno ruso, porque en una comisión de las cámaras prusianas se había expresado en términos muy precisos, declarando imposible la alianza con la Rusia. Hasta el príncipe heredero de Prusia cayó durante algunas semanas en desgracia. De la memoria que escribió Bunsen pudo sacar el rey un comentario á las comunicaciones que pocos días después le dirigieron el duque Ernesto de Coburgo, que se había detenido en París desde el 4 de marzo, y el príncipe de Hohenzollern, que había llegado á la misma capital el día 10 como enviado extraordinario prusiano. A ambos príncipes expresó el emperador Napoleón sus vivas simpatías en favor de la Prusia, diciendo que deseaba verla redonda con límites geográficos y militares bien entendidos. Añadió que si la Prusia se agregara á Francia é Inglaterra en la cuestión pendiente, sería corta la guerra; pero que si continuaba neutral perdería mucho de su posición de gran potencia y no tendría participación en los beneficios de la paz que luego se hiciera. Hasta se adelantó á decir que la integridad de Alemania era para él sagrada y que ninguna modificación quería á favor de la Francia, antes bien deseaba que la Prusia, que tenía las simpatías de los alemanes, obtuviera la posición que ella juzgase más conveniente. El Austria se indemnizaría con la solución de la cuestión del Danubio, y para las dinastías alemanas cuyos territorios fueran englobados en la Prusia, se encontrarían compensaciones en Polonia. Al decir esto preguntó riendo al duque de Coburgo si en su concepto la Prusia preferiría

la Sajonia al Hanover. Del Austria, dijo que estaba completamente seguro, porque si no se asociaba á las potencias occidentales, tendría que prepararse á ver estallar un movimiento general en Italia.

Estas explicaciones hicieron impresión favorable en el duque de Coburgo, el cual las comunicó al rey Federico Guillermo, y además hizo decir á la *Gaceta de Gotha* que el emperador había manifestado notable inclinación á una alianza con la Prusia. No obstante, atendido el carácter de Federico Guillermo, era de prever que se apartaría indignado de estos proyectos napoleónicos y que trataría de asociarse más estrechamente al Austria. Así resultó en efecto, porque si bien aceptó una nueva acta de la conferencia de Viena en la cual las cuatro potencias declararon en 9 de abril que perseveraban unánimemente en el acta de 5 de diciembre á pesar de la diferencia que se había introducido en su posición respectiva, dió la mayor importancia á una inteligencia estrecha con el gabinete de Viena, creyendo apartarlo así de una aproximación excesiva á la Francia é Inglaterra. Con este propósito renovó el 20 de abril su alianza ofensiva y defensiva con el Austria, por la cual los dos Estados en 1851 se habían garantido mutuamente por tres años la integridad de sus dominios, y hasta se obligó el 28 de abril á auxiliar al Austria en el caso de que la exigencia de la evacuación de los Principados danubianos por la Rusia, condujera á un ataque ruso, ó si el czar hiciera pasar á su ejército los Balcanes. Estas concesiones hechas al Austria fueron muy mal vistas por el partido feudal de Prusia y también por Bismarck, que representaba á la Prusia en la Dieta de Francfort y cuyos consejos el rey apreciaba en alto grado, tanto que los siguió justamente en la cuestión de Oriente, á menudo en contra del parecer de Manteuffel. Pero Federico Guillermo contaba con que el emperador Nicolás cedería, conforme sucedió en efecto, y suponía que entonces el Austria, viendo satisfecha su justísima y perentoria pretensión, no se dejaría arrastrar por la Francia y la Inglaterra.

Entretanto Napoleón, en 2 de marzo de 1854, abrió las cámaras con un discurso del trono en el cual dijo que la guerra era inevitable; que él había hecho cuanto había podido para evitarla, y que la Europa era testigo de que se le obligaba á desenvainar la espada. «La Europa sabe que la Francia no alimenta ideas de engrandecimiento y que únicamente quiere oponerse á extralimitaciones peligrosas. Ha pasado irremisiblemente la era de las conquistas; en adelante ninguna nación puede adquirir más honor y mayor poder extendiendo los límites de su territorio, sino únicamente poniéndose á la cabeza de ideas magnánimas, procurando en todas partes hacer triunfar el derecho y la justicia.» Aseguró que á la sazón esta política daba fruto halagüeño: la Inglaterra, antigua rival de la Francia, estrechaba cada día más los lazos que á ella la unen; la Alemania, que por recelo y recordando las antiguas guerras, había dado desde cuarenta años antes demasiadas pruebas de condescendencia al gabinete de San Petersburgo, iba recobrando su acción independiente; y el Austria entraría en la alianza de Francia é Inglaterra, confirmando así la justicia de la guerra que se preparaba. La invasión rusa en los Principados danubianos había despertado á la Europa y le había revelado el peligro con que el coloso del Norte amenazaba su civilización. La Francia tenía que velar además por un interés especial, porque la Rusia en posesión de Constantinopla sería dueña del Mediterráneo, y nadie diría que solo la Inglaterra tenía grandes intereses en este mar, que baña trescientas leguas de costas francesas. El objeto de la guerra era, pues, defender al sultan, asegurar los derechos de los cristianos, conservar la influencia francesa en el Mediterráneo y proteger á la Ale-